

IV.

El borde del abismo.

El opulento banquero D. Jaime Ferreira había tenido la rara modestia de no admitir las grandes cruces de Carlos III é Isabel la Católica, con que le había condecorado el Gobierno de S. M. por la sola razon de ser muy rico.

Y es que el Gobierno español ha creído, si hemos de juzgar por los hechos, que las riquezas merecen las más altas distinciones de la patria, y carga de *excelencias* á los afortunados que las poseen, ni más ni ménos que como lo suelen hacer los camareros de las fondas portuguesas é italianas.

Libreos Dios de entrar en una de esas fondas con humos de rico, porque el tratamiento de *excelencia* comenzará á zumbiar en vuestros oídos hasta hacerse insoportable, y estè tratamiento además se paga, y se paga caro.

Pues en España sucede lo mismo, con corta dife-

rencia; pero no en las fondas, donde los camareros son algo más bruscos; sino con el Gobierno, que se apresura á colgar euando ménos una gran cruz en cualquier frac ó levita cuyo bolsillo de pecho esté bien repleto de billetes de banco, convirtiendo así en *excelentísimo señor* á todo el que tiene una regular fortuna y se halla dispuesto á pagar espléndidamente su *excelencia*, porque olvidaba decirlo que el Gobierno lleva más caro en este asunto que los camareros de las fondas extranjeras.

Y cuenta que, hoy por hoy, ya sea que los ricos estimen más su dinero que las cruces, ya sea que el Gobierno haya comprendido que es un mal desprestigiar en absoluto cierta clase de distinciones, lo cierto es que el abuso no está tan en boga como en otros tiempos.

Me he distraído involuntariamente, y haciendo un paréntesis de esta distraccion, vuelvo al hilo de mi historia, abandonado en los momentos en que decía que D. Jaime Ferreira, opulento banquero; había rehusado generosamente á adornar su pecho con las más altas condecoraciones españolas.

Era D. Jaime inmensamente rico; pasaba por americano, lo cual justificaba la posesion de sus pingües riquezas, pero nadie sabia en qué punto de América había nacido.

Por lo demás, el Sr. Ferreira era una especie de leon amansado.

Preciso será, si quereis conocerle bien, que os haga su biografia.

Jaime Ferreira era natural del Brasil.

Cuando vino al mundo parecia que su destino era aumentar la gran familia de los desheredados. Sus padres eran extremadamente pobres, tenian una larga descendencia y por único patrimonio el trabajo.

Jaime no se asustó por esto; animoso desde sus primeros años, apenas habia cumplido doce cuando se despidió de sus padres para ir á bordo de una magnífica fragata española, cuyo capitan le habia recibido en calidad de grumete.

Desde aquel día se fijó el destino de Ferreira.

Es fama que los hombres de mar son valerosos, fuertes, rudos y ásperos de carácter. Estas condiciones, engendradas por la actividad de una vida que corre entre dos abismos, suben de punto cuando se trata de la tripulacion de un buque negrero, porque el negrero, como el pirata, no tiene un instante de tranquilidad; su descanso está en las tempestades; la aparicion de un crucero es un peligro que sin cesar le amenaza, y cuando al fin se presenta, la lucha, y lucha á muerte, es inevitable.

Pues bien, la fragata en que Ferreira se colocó de grumete pertenecia á un negrero, y en ella permaneció nuestro jóven por espacio de ocho años, tiempo más que suficiente para convertirlo en un verdadero lobo marino, que no otra cosa llegó á ser aquel muchachon atrevido y robusto, cuando apenas acababa de cumplir los veinte.

A esta edad Ferreira se consideró con los conocimientos necesarios no digo yo para mandar un buque,

sino para ponerse al frente de una escuadra, y por otra parte comenzó á mortificarle la ambicion de ser rico, despertada por las noticias que hasta él habian llegado de la fortuna prodigiosa que en la trata habia realizado su capitan.

Los peligros se convierten al cabo en una costumbre para los que siempre viven en ellos, y los sentimientos humanitarios no existen en pechos avezados á ese comercio infame que se llama de *caoba*, en el cual es el hombre el artículo que se vende.

Ferreira se consagró á este comercio, primero en compañía y despues por sí solo.

La fortuna le sonrió siempre, y á los veintiocho años de continuos viajes desde la costa de Guinea á las Antillas españolas y á los Estados-Unidos del Sur, el que empezára su carrera de pobre grumete, podia pasar en Europa por un capitalista de primer orden.

A este tiempo habian muerto sus padres; el sentimiento de la patria no era muy profundo en el que la habia abandonado desde niño, y estas razones, y otras que omito decidieron á Ferreira á fijar su residencia en Madrid.

A los pocos años, de vuelta de un viaje de recreo á Andalucía, presentó á su mujer en la sociedad madrileña, donde llamó la atencion por su lujo y su hermosura, aunque, á decir verdad, su trato y sus modales fueron para las gentes de buen tono un flaco siempre dispuesto á satisfacer las más despiadadas mordeduras de la murmuracion y de la critica.

Jaime Ferreira llegó á ser en la corte de España

CALLE ALFONSO

uno de los banqueros más respetables, y Adela Coto, su esposa, una de las mujeres que han inspirado mayores envidias por su belleza y su colosal fortuna.

Ferreira, el lobo marino, el hombre de pasiones ardientes y tempestuosas, amaba á su mujer con toda la vehemencia de un primer amor, y de un primer amor sentido cuando frisaba en los cincuenta años, es decir, á la edad en que, si el hombre se apasiona, siente renacer en su corazón todo el fuego, toda la lozanía de la juventud.

Lo dicho, pues: Ferreira era un león amansado, y amansado por el amor.

Bastante he informado ya á mis lectores de los antecedentes del dueño de la casa donde les voy á presentar.

Sígame el que guste: el reloj de la Puerta del Sol no marca aún las diez de la noche del 45 de Noviembre de 1845, y esta fecha es la señalada por los señores de Ferreira para abrir sus salones, que durante el invierno prometen hacer las delicias de la buena sociedad de Madrid.

Hora es todavía de llegar cuando se hacen los últimos preparativos para el baile, que debe comenzar á las doce de la noche.

Subamos esta escalera de rico mármol de Carrara; penetremos por estos salones, donde deslumbran la ostentación y la riqueza, y puesto que la numerosa servidumbre se inclina á nuestro paso y no pone obstáculos á nuestra marcha, lleguemos hasta el gabinete que precede al tocador de la señora de Ferreira, y la vere-

mos envuelta en una rica bata de cachemir, recibiendo una visita cuyo carácter no tardaremos en conocer.

Adela está reclinada indolentemente en un cómodo diván, y delante de ella, de pié, sombrero en mano, bajo el brazo un rollo de papeles, con la vista clavada en el suelo, se halla un hombre de pequeña estatura, de cara huesosa, abultada frente, pelo canoso muy recortado y ojos pequeños, pero muy vivos y que nunca se fijan en otros ojos. Este hombre viste con pobreza; su paletot, pantalón y sombrero están ya muy raidos y en algunos puntos descubren el lustre de la vejez.

Este hombre es agente de negocios, él al menos lo asegura así, y se llama Jacinto Perez.

El buen Sr. Perez, en los momentos de nuestra llegada, decia á la encantadora Adela, que miraba al techo muy distraída y sin cuidarse al parecer de la persona que tenia delante:

—Señora, si molesto á Vd., me retiro y volveré en otra ocasión.

Adela no le hizo caso.

Don Jacinto guardó silencio y permaneció inmóvil con la vista fija en el suelo.

Al cabo de un largo rato Adela se volvió hácia él, y afectando una indiferencia que realmente no sentia, le preguntó:

—¿Ha examinado Vd., Sr. Perez, los papeles que le encargué?

—Si, señora, y aquí están.

Don Jacinto entregó á Adela el rollo de papeles que llevaba debajo del brazo.

—¿Y qué tiene Vd. que decirme?

—Que el Sr. de Ferreira ha hecho á Vd. una cesion en debida forma de todos los bienes que ahí se citan, á la cual no hay ni una coma que quitar ó añadir.

—Segun eso...

—Es Vd. la dueña absoluta de cuanto aquí existe. Está Vd. autorizada legalmente para comprar, vender, hipotecar... en fin, para hacer lo que Vd. quiera.

Por los ojos de Adela cruzó un relámpago de alegría: sus manos oprimieron convulsivamente aquellos papeles que la ponian en legitima posesion de una colosal fortuna.

—Está bien, Sr. Perez, dijo dominando la emociion que experimentaba, y luego añadió: me ha sido Vd. recomendado como un hombre hábil y discreto para cierta clase de asuntos...

—Señora, contestó D. Jacinto dando á sus palabras una particular entonacion; yo solo me encargo de negocios dificiles y delicados.

—Tambien le habrán á Vd. dicho, repuso Adela, que yo sé pagar á los que se ocupan en mi servicio.

—Señora, estoy completamente á las órdenes de Vd., dijo por toda contestacion el Sr. Perez, haciendo una profunda reverencia.

Adela le lanzó una mirada escudriñadora y guardó silencio.

Se le conocia en el semblante que estaba dando vueltas en su mente á una idea que no se atrevia á exponer.

Don Jacinto lo comprendió así, por más que sus

ojos no se habian alzado ni por casualidad para fijarse en su bella interlocutora.

Adela, despues de una larga pausa, le interrogó:

—¿Podria Vd., Sr. Perez, proporcionarme un pasaporte con nombre supuesto?

—Ya he tenido el honor de decir á Vd., señora, que estoy completamente á sus órdenes, respondió don Jacinto con el mismo aplomo que hubiera empleado tratándose de la cosa más natural y justificada del mundo.

—Pues hasta la vista, Sr. Perez, y no se haga Vd. esperar mucho, dijo Adela despidiéndole.

El agente de negocios se inclinó respetuosamente ante la señora de Ferreira, y desapareció.

Adela se levantó en seguida, guardó en un secreter los papeles que le habia entregado D. Jacinto, llamó á sus doncellas y entró en su tocador á disponerse para el baile que á poco debia comenzar.

Permitidme que no pase adelante.

Ofenderia el pudor de una dama, si mientras ella se viste entrara en su tocador, y no quiero merecer sus enojos.

Dejemos que el tiempo corra.

Una hora despues la señora de Ferreira se presenta de nuevo en el mismo gabinete donde antes la hemos visto.

Su admirable hermosura está realizada por la esplendidez de su riquísimo atavío, que haria honor al lujo de una reina.

La casualidad la llevó á colocarse en frente de un

espejo, que al reflejar sus encantos y ofrecerlos á su propia vista, la hizo caer en una profunda meditacion.

El espejo es para la mujer una especie de libro de consulta, que unas veces la enoja, otras la entristece y las más la satisface.

Adela vió en el fondo de aquel cristal purísimo su imágen hechicera envuelta en sedas, blondas, perlas y diamantes, é involuntariamente dejó aparecer en su boca una sonrisa.

Después se puso seria, se miró con más cuidado y fué examinando uno por uno los detalles del adorno que la engalanaba.

¿Cuáles eran mientras tanto sus pensamientos?

Hélos aquí fielmente traducidos:

—¡Oh! se decía á sí misma, ¿si me encontrará hermosa?... ¿Si llegará á amarme como yo le amo?... ¡Sueño venturoso!... ¿Qué otra cosa podría yo desear?... Sí, sí; romperé mis cadenas; acabaré de una vez para siempre con el insoportable destino de fingir amor... y libre, rica y querida del hombre á quien adoro, huiremos á lejanos países... ¿qué sé yo?... En el mundo hay pueblos donde nadie nos conoce, y seremos envidiados por nuestra felicidad... Pero... ¿y él?... Hace algunos dias que parece como que huye de mí... ¿Será posible? ¡Oh! esta idea me martiriza... Si yo me atreviera... hay un medio seguro... ¿Y qué puedo temer? Él sabe que le amo con locura, y es un cumplido caballero, que nunca abusará de mi confesion... Además, no hay otro camino, y es ya necesario que nos expliquemos de una vez...

Adela habia tomado su resolucion y fué á sentarse delante de un precioso escritorio de señora, que ocupaba un rincon del gabinete.

Allí escribió una carta dirigida á un hombre, carta que me resisto á copiar persuadido del agradecimiento de mis lectoras.

Cuando Adela acabó su carta la guardó, y sin darse cuenta de lo que hacia fué nuevamente á colocarse delante del espejo.

A su espalda estaba la puerta del gabinete que comunicaba con los salones, cuya cortina levantó una mano dejando paso á un hombre, que al entrar se detuvo exclamando:

—¡Reina de la fiesta, estás bellísima!

—¿Me lisongeas?... Pues yo creo que estoy horrible, dijo Adela con acento de mal humor y sin mirar siquiera á su marido, que avanzó hasta colocarse á su lado.

—Eres una coquetilla tan adusta como hechicera, repuso D. Jaime depositando un beso en la frente de su mujer, y luego preguntó: ¿no sabes la novedad que tenemos?

—No.

—¿De veras, nada te ha dicho el doctor Antunez?

—¡El doctor Antunez!... Hace dias que no le veo: ¿qué ha dicho?

La voz de Adela temblaba al hacer esta pregunta.

—Imagínate lo que consideres más extraño, lo que te parezca más absurdo, y positivamente acertarás.

—Buena gana tendria yo de romperme la cabeza...
¿Qué es ello, en fin? Alguna tontería.

—Ese es su nombre. ¿Querrás creer que el bueno del doctor se empeña en convencerme de que estoy enfermo?

—¡Raro capricho! ¿Y en qué se funda?

—Alega mil razones: habla de cambios perjudiciales que ha sufrido mi naturaleza...

—La verdad es que puede que tenga razon.

—¡Cómo! ¿vas tú á apoyarle?... No te lo aconsejo, esposa mia. ¿Sabes cuál es el único remedio que encuentra á mi mal?.

—No sé...

—Pues dice que lo que me conviene es volverme á América.

—Y acaso diga bien, asintió Adela mordiéndose los labios; si tu salud lo exige...

—No, hermosa mia: en este caso el médico es más aprensivo que el paciente. Yo me encuentro bien, y aunque así no fuera, primero que todo estás tú: la reina de la moda en Madrid no debe abandonar sus teatros, sus fiestas y sus paseos. Es preciso que goces de tu belleza y tu juventud, y aunque supiera que me costaba la vida, no nos moveríamos de Madrid.

—¡Y habias de hacerme ese sacrificio!... exclamó Adela mirando á su esposo con infinita ternura.

—No, no creas que me sacrifique. Los temores del doctor son muy exagerados: ya verás, esta noche va á darnos mucho que reir.

—¡Ah! ¿esperas al doctor?

Y Adela al hacer esta pregunta dejó brillar en sus ojos un fuego extraño, que no pudo ménos de sorprender á su marido.

—Sí, lo espero, contestó Ferreira con sequedad.

Adela comprendió que habia estado imprudente y dominando los latidos de su corazón, procuró desorientar á su esposo preguntándole con sagacidad extremada:

—¿Y vendrá con él su amigo Navarro?...!

—¿Quién?... ¿Ese fátuo pintamonas?... repuso Ferreira sin poder contener el despecho que el nombre del pintor le producía.

—Veo, dijo Adela satisfecha de su habilidad, que ese pobre artista te desagrade, mientras que á mí me parece muy simpático. Y me alegraría que viniese esta noche, porque es mi mejor pareja.

Ferreira se habia puesto encendidó y no fué dueño de reprimir esta exclamacion, que los celos le dictaron:

—¡Juraria, Adela, que ese hombre te hace la corte!

—¿Y qué tendria eso de particular? le contestó su esposa con la mirada más dulce que pudo dar á sus rasgados ojos: ¿me crees tan fea que no pueda inspirar amor á nuestro amigo Navarro?...!

—¡Oh, si eso llegára á suceder!... rugió Ferreira apretando los puños.

—¡Bravo, señor celoso! gritó Adela riendo y palmoteando como una loquilla.

—¡Adela, no te rias! Si otro hombre que yo te cortejara, seria capaz de cometer un desatino.

CABALLA ALEJANDRINA

—¡Cómo! exclamó ella recobrando su seriedad; cuando acaba Vd. de hacerme hasta el sacrificio de su vida; cuando dice Vd. que debo gozar de mi belleza y mi juventud en fiestas, teatros y paseos, ¿va Vd. á hacerme odiosa la existencia con celos ridículos, á los que no he dado lugar?

—Tienes razon, Adela mia, dijo Ferreira arrepentido de su arrebato; pero cuando te veo rodeada por esos galanes de salón, por esos pisaverdes que tienen tan en poco la honra de una mujer y el sosiego de una familia... ¿qué se yo?... me desespero y siento impulsos de cometer una locura... ¡Oh! si alguno osára ofenderme, desgraciado de él, le haria pedazos entre mis manos.

Adela se estremeció contra su voluntad.

Lo advirtió su marido, y repuso:

—¿Tiemblas, Adela, de oirme?

—¿Y quién no temblaria al escuchar tales amenazas? Preciso será que se prive una de dirigir la palabra á los hombres, porque si tus celos...

—No, no, querida mia, interrumpió Ferreira; descuida, que no confundiré nunca una simple sospecha con lo que pudiera ser una amarga realidad.

—¿Estás seguro? interrogó Adela recobrando su aire burlón y su natural coqueteria.

—Si de sospechas se tratara solamente, lo confieso, soy celoso y las tengo de cuantos te rodean... Solo un hombre de los que entran aquí me parece digno de toda mi confianza.

—¿Quién es ese dichoso mortal?

—El doctor Antunez.

—¡Pobre hombre! exclamó Adela riendo.

En aquel instante un criado anunció:

—Los señores de Carvajal.

—Con tu permiso, Adela, voy á recibir á estos amigos, que tú no conoces, y que luego te presentaré. Han llegado de América uno de estos dias, y por primera vez asisten hoy á una reunion de la sociedad de Madrid.

Ferreira besó á su mujer y se dirigió á los salones.

Cuando Adela quedó sola hizo un gesto de profundo despecho, y exclamó:

—¡Es imposible vivir más tiempo al lado de este hombre!

CABALLA ALEONSINA